

Mario Desiati

Expatriados

TRADUCCIÓN DE SILVIA ACIERNO



menos**cuarto**

Título de la edición original: *Spatriati*

© 2021 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino
© de la traducción, Silvia Acierno, 2023
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2023

ISBN: 978-84-15740-89-6
Dep. Legal: P-39/2023

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: © Mesut Cicen | unsplash
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Expatriados

... nunca contento, nunca en mi centro...

Giacomo Leopardi

Primera parte

Crestiene

(s. m. Un individuo cualquiera, hombre. Como en otros dialectos del Sur. «No somos cristianos —dicen—, Cristo se detuvo en Éboli —en su lengua, cristiano quiere decir hombre—» (Carlo Levi). También, persona que profesa la religión cristiana.)

Cuando un frente de aire frío se encuentra en la tierra con una masa de aire caliente, esta última sube al cielo. Nacen las tormentas. Lluvia y rayos, agua y fuego. Nunca comprendí quién de los dos era el calor y quién el frío, pero tuve la suerte de encontrar mi frente opuesto en Claudia Fanelli, la expatriada, como aquí llaman a los inciertos, los irregulares, los inclasificables, a veces a los cafres o a los huérfanos, pero también a los célibes, núbiles, nómadas y vagabundos, o tal vez, como en el caso que nos ocupa, a las personas liberadas.

Me fijé por primera vez en ella en el patio de la escuela y deseé su melena pelirroja, su piel lunar, su nariz pronunciada. Tenía el aspecto de haber llegado allí desde otro mundo, más desarrollado e iluminado.

Me llamo Francesco Veleno, soy el hijo único de Elisa Fortuna y de Vincenzo Veleno, dos exatletas aficionados que se enamoraron durante un episodio de *Juegos sin fronteras* y que a lo largo de mi niñez me criaron con la idea de que podía redimirlos del misterioso accidente de haberme engendrado. Aún estaba lejos de saber que muchas relacio-

nes se mantienen por «razones de Estado», como habría dicho Claudia. Y también comprendí gracias a ella que no existen razones de Estado tan poderosas como para obligar a tres personas tan distintas a vivir juntas, salvo que estén purgando una pena. El tribunal que había condenado a Elisa y Vincenzo a seguir juntos pese a su evidente desamor responde a la cruel ley de la vida serena, estricto código humano que en los sitios pequeños impone rigor y absoluta severidad.

Antes de Claudia, la realidad era lo que me contaban y no lo que veía. Era de esa clase de personas que se dejan arrastrar por los demás, por los acontecimientos, las obligaciones, los prejuicios. Los cónyuges Veleno me empujaban hacia una vida sin sobresaltos, tranquila, el mínimo necesario para no sufrir. En el fondo, a ellos les había ido bien así.

Él, profesor de educación física —también había practicado brevemente esgrima con mi madre—, robusto, atrevido, iba por ahí con una Beretta M9, que tenía registrada y de la que nunca se separaba. Yo aún no veía en los varones blancos de mediana edad armados de pistola las vanaglorias sexuales perdidas.

Mi madre era enfermera en el hospital de Martina Franca. Durante un breve período de mi infancia me había llamado «Uva negra», porque en Martina todos cultivan uva blanca verdeja, un poco amarga, con la que hacen un vino seco que embriaga con dos tragos. En cambio, ella había tenido un hijo con la piel aceitunada, morena, como la de los campesinos al final del verano o la de los sarracenos

en las crónicas antiguas. Con la uva negra se hace el Primitivo o el Negramaro. Vinos que ofuscan la razón. Habría sido útil tenerlo presente en el momento de las decisiones impulsivas de mi vida.

En la familia nadie tenía mis rasgos. Nadie era moreno como yo, nadie tenía la línea del pelo tan alta, la frente libre y el fardo de la pereza que me anclaba en el sofá leyendo revistillas insulsas. Por la tarde a menudo me quedaba solo, mi madre prácticamente vivía en el hospital, a veces desaparecía dos o tres días seguidos. Mi padre, después de las horas en el instituto, se perdía en los bares del pueblo, donde se pavoneaba relatando aventuras y evocando su pasado de atleta, y volvía con la ropa arrugada y un gesto enigmático, como el de alguien que ha logrado hacer algo importante y no ve el momento de contarlo. Pero nunca lo contaba. Tal vez porque yo tenía miedo de preguntárselo o porque pensaba que no lo habría comprendido.

Eran distintos, mi madre y mi padre, y también lo eran en los tiempos verbales que usaban para dirigirme la palabra. Elisa era una mujer del presente, con frecuencia en primera persona del plural: «Salimos». Mi padre solo conocía el tiempo pasado y de vez en cuando el tiempo futuro, cuando hablaba de mí. Aferrado a los recuerdos, a una serie de anécdotas que eran gloriosas para él, pero aburridas para todos los demás.

Sobre una cosa Vincenzo Veleno y Elisa Fortuna convergían milagrosamente: no habían pasado ni un solo día en el bachillerato de letras, pero lo veneraban como si fuera una realidad inalcanzable. Había formado las mentes de

sus jefes, directores de hospital, de escuela, gobernadores. Todas ellas cabezas salidas del instituto de Martina Franca. Decían que el latín me abriría muchas puertas, y que entre los pupitres encontraría a los hijos de las familias importantes. Esa elección les parecía lo más oportuno. Gente que conoce perfectamente la verdad de los otros, pero no la propia.